

HIMNOS NUEVOS PARA EL OFICIO DIVINO

Uno de los escollos mayores en la celebración del oficio divino en lengua vernácula es el de los himnos. Si para los salmos se dispuso muy pronto de la versión oficial castellana de Luis Alonso Schökel y no se presentaron obstáculos para las lecturas bíblicas, muy diferente es el caso de los himnos del breviario. Salta a la vista que la traducción en prosa de los antiguos himnos, tal como la presenta, por ejemplo, la versión del Breviario romano de la Comisión mixta CELAM-ESPAÑA, fuera de proporcionar una idea bastante aproximada del contenido de aquellos poemas, ninguna posibilidad da de cantarlos y, por consiguiente, de hacerles cumplir su función genuina en la liturgia. La antigua costumbre, aún no suficientemente desechada, de recitar los himnos, no sólo contraviene normas esenciales de la Instrucción “*Musicam sacram*” de 1967 (nº 6: “es preciso que los textos que por si mismos requieren canto se canten efectivamente, el género y la forma que requiera su propio carácter”; nº 38: “cantando ante todo las partes que por su naturaleza reclaman más directamente el canto, como son... los himnos”...), sino que hiere el sentido común: tampoco en el campo de las canciones profanas sería admisible tal separación de letra y melodía.

Injustificado es también el hábito de reservar el canto de los himnos para las solemnidades, para contentarse en los días feriales con una monótona recitación en “tono recto”, invocando el dudoso argumento de que hay que “marcar” así las jerarquías litúrgicas. A nadie le vendría en mente, reservar el canto del himno nacional para las solas efemérides patrias y contentarse con recitarlo como una simple poesía en las ocasiones menos festivas. Desembocamos así en la perogrullada de que un himno existe para ser cantado y de que en el caso de no poder cantarlo, más vale omitirlo, El mismo criterio se revela, por lo demás, en las nuevas normas para la misa en lo que se refiere al *Aleluya (Institutio generalis* nº 39), a la antífona del ofertorio (nº 50) etc.

Si se quiere lograr una renovación en este campo de la liturgia habría, pues, que reafirmarse primero en el sentido mismo del himno, en el fenómeno psicológico, diríamos, que presupone. “Para que haya himno, afirma taxativamente san Agustín, es preciso que cantes es preciso que alabes y que alabes a Dios”. Con esto queda dicho que el alma del himno es una admiración, una toma de conciencia de la creación en todo su esplendor, con una referencia llena de gratitud, “eucarística”, hacia su Creador.

Es esa la línea de los grandes himnos de Vísperas feriales en el breviario antiguo. La encontramos también en el siguiente canto, obra del poeta chileno Hugo Montes:

“El agua muestra a Dios entre las rocas
y escurre sin saberlo.

El viento es voz de Dios por la arboleda
y sopla sin saberlo
La luz anuncia a Dios aunque es de noche,
Y alumbra sin saberlo
(No somos Dios, pregúntale a los otros).

Huella de Dios, el pez que roza el agua
navega sin saberlo.
Fuerza es de Dios la Mera cuando lucha
mas hiere sin saberlo.
Asciende a Dios el ave cuando vuela,

Y sube sin saberlo.
(No somos Dios, pregúntale a los otros).

Somos de Dios, Él vive más arriba.
Somos el sol, la luna,
somos los astros del Señor, la brisa,
la montaña de Dios.
El es más alto, obra suya somos,
creaturas de Dios.
(No somos Dios, pregúntale a los otros).

Somos pueblo de Dios y lo anunciarnos:
hoy baja hasta el Jordán, ya vino hasta Caná de Galilea
y llega a los gentiles
alzando lo perdido y lo quebrado,
porque es brazo de Dios.

Gloria, Señor, a ti, hoy que te vemos, en la unidad del Padre y del Espíritu. (Amén).

El himno se conecta desde sus orígenes con el entusiasmo, con cierta excitación anímica; suscita la emoción, sea patriótica, sea religiosa. El clima de exaltación, de delirio jubiloso que suele reinar en los festivales de canciones o que logran producir ciertos cantantes populares, no es algo artificial.

Un biógrafo de san Efrén, el santo himnógrafo de la Iglesia de Siria, describe del siguiente modo el nacimiento del canto religioso y el ambiente del cual derivó su fuerza:

“Cuando (Efrén) se percató de la preferencia de los habitantes de Edesa por los cantos instituyó como la contrapartida de los juegos y danzas de los jóvenes. Estableció coros de religiosas a las que hizo aprender himnos divididos en estrofas con refranes. Puso en esos himnos finos pensamientos e instrucciones espirituales sobre la Navidad, el bautismo, el ayuno y los hechos de Cristo, sobre la Pasión, la Resurrección y la Ascensión, así como sobre los santos, la penitencia y los difuntos. Las santas vírgenes se reunían el domingo en las grandes fiestas y en las conmemoraciones de mártires y él (Efrén), como un padre, estaba en medio de ellas, acompañándolas con el arpa. Las dividió en coros para que cantaran alternadamente y les enseñó los diferentes aires musicales, de manera que toda la gente de la ciudad se congregaba alrededor de ellos”¹¹.

Por idealizada que sea esta descripción, percibimos que el himno se situaba en el nivel de los “sucesos”; eran verdaderos “happenings”.

En las misas pontificales de rito maronita, especialmente en aquellas partes que se cantan en lengua siríaca, se puede percibir todavía algo de aquel sobrio entusiasmo, subrayado por el ritmo de la antigua himnodia.

Generalmente se relaciona el comienzo de la himnografía latina, con san Ambrosio, más precisamente con el asedio que sufrió el obispo de Milán y su grey por parte de los arrianos en su basílica. No podemos pensar que los himnos que se cantaron en aquella situación fueran de melodías lánguidas o arrastradas, siendo su cometido el de levantar los ánimos y renovar las fuerzas. San Cesáreo, de Arlés, contemporáneo de San Benito, invita a sus fieles a unirse al canto de los salmos en la iglesia y expresa gran alegría por el hecho de que esté dando sus frutos el canto a dos coros en su catedral. Pero los himnos propiamente tales, los reserva a los monjes y monjas, la porción que supone más fervorosa en el pueblo de Dios.

¹¹ I. H. DALMAIS, “L’hymnographie syrienne” en *Maison Dieu* 92, p. 71.

El clima de entusiasmo religioso, de deslumbramiento ante las obras de la creación y de la Redención, en el que nacieron y se multiplicaron los primeros himnos, (pensemos, por ejemplo, en el “Cristo, oh luz gozosa del Padre”), ya no se da con la misma intensidad en autores posteriores como Aurelio Prudencio, del que proceden algunos himnos del antiguo breviario (particularmente, en los *laudes* feriales), ni menos en los creadores del Renacimiento y Barroco, que parecen complacerse en estudiadas rimas académicas.

En nuestra época se encontrará el fervor “hímnico” en Taizé, en la hermandad evangélica mariana de Darmstadt y “suo modo” en ciertas reuniones de música “beat”, pero escasamente en los monasterios católicos. Casi inconscientemente se suele asociar en ellos la idea de canto con la de “solemnidad” o de “pompa” y en nombre de una sobriedad y sencillez a primera vista muy comprensibles, se evita toda expansión del sentimiento religioso en el oficio divino, reducido no pocas veces a una monótona recitación de textos.

La creación de una himnodia nueva nos obligaría, pues, en primer lugar a redescubrir el necesario nexo entre fervor y canto (“El que canta ora dos veces” afirma san Agustín, e igualmente: “Cantare amantis est”: “Cantar es propio del que ama”). En otras palabras: antes de componer himnos debemos comprender mejor la raíz espiritual de aquel género literario-musical.

El himno como respuesta humana a la Palabra de Dios.

Gelineau distingue tres funciones del himno en el oficio divino¹²:

a) Función de introducir al misterio del día, de la hora, del tiempo litúrgico.

Es el caso en las horas menores. En el breviario reformado se han colocado todos los himnos al comienzo del oficio.

b) Función de profundización y de expresión lírica: en *Laudes* y vísperas, donde el himno se sitúa después de la lectura o del silencio que sigue a la lectura.

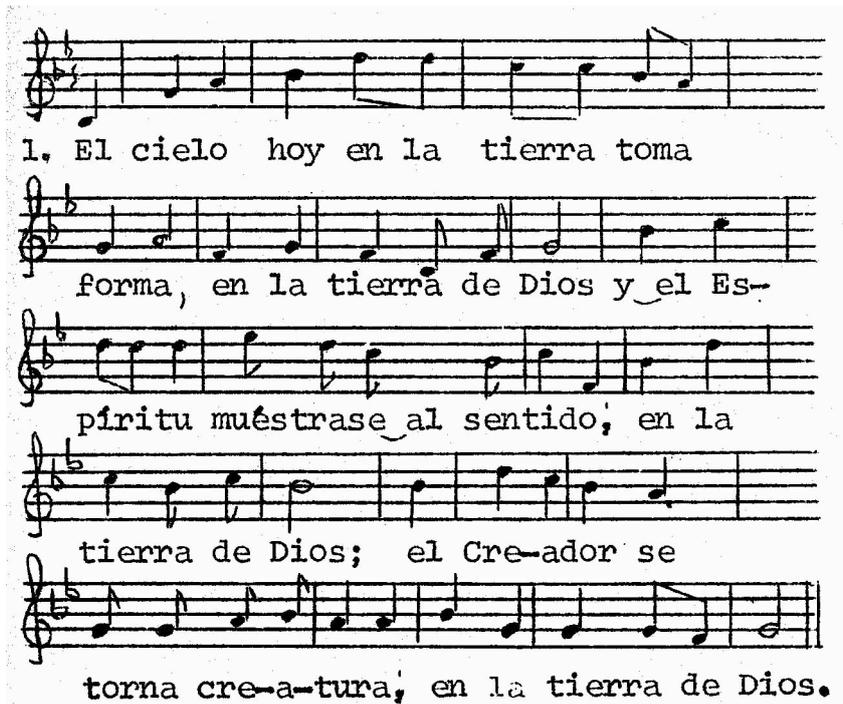
c) Función de conclusión: como p. ej. el *Te Deum* al final de las Vigilias.

Evidentemente la segunda de estas funciones es la más importante. “En ese lugar, dice Gelineau, el himno desarrolla mucho más su propia eficacia de lo que puede hacerlo al comienzo del oficio”. En este lugar el himno es una respuesta y un comentario del pueblo a la Palabra de Dios, lo que no puede ser al comienzo del oficio, antes de que esta Palabra haya sido rezada, cantada y leída, “Sería muy lamentable, continúa el mismo autor, que el himno perdiera ese papel en las dos horas mayores (las más ‘populares’) del Oficio”.

La misma posición ocupa el himno o el cántico en el oficio de Taizé; allí claramente es enfocado como “meditación” de la Palabra de Dios. Esta respuesta “humana” está llena de reminiscencias de la palabra divina, pero no es una simple paráfrasis de lo que ya se lee en la Biblia; no es narrativa, sino “manifestativa” de la interioridad del hombre, tocada y puesta en vibración por el mensaje de salvación.

Como ejemplo reproduciremos aquí un himno de *Laudes* del tiempo de Navidad. El texto es de Hugo Montes, la música del P. Pedro Pérez, osb.

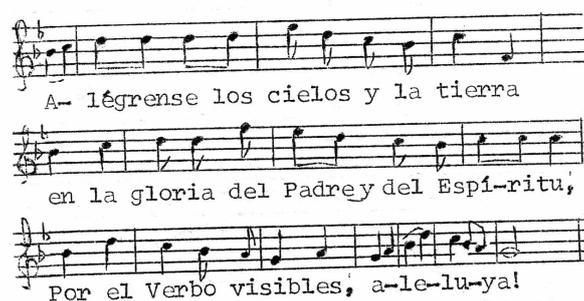
¹² J. GELINEAU, “L’hymne dans une liturgie renovée, en *Maison Dieu* 92, p. 54.



1. El cielo hoy en la tierra toma
 forma, en la tierra de Dios y el Es-
 píritu muéstrase al sentido; en la
 tierra de Dios; el Cre-ador se
 torna cre-a-tura; en la tierra de Dios.

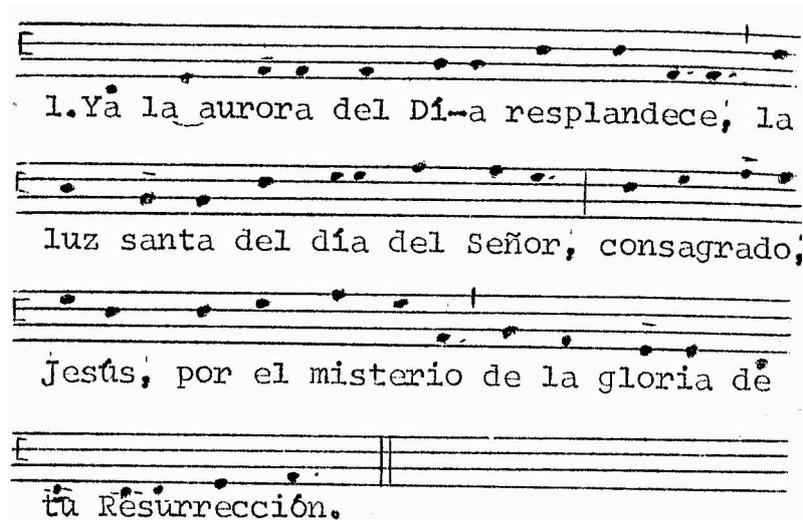
2. La estrella se detiene y nos alumbra,
 en la noche de Dios,
 Y acaban las tinieblas, pues la noche
 es la noche de Dios,
 Amanece Judá para los hombres,
 en la noche de Dios.

3. No esperamos ahora, lo tenemos,
 tenemos al Señor,
 ni marchamos ahora tras la estrella,
 miramos al Señor.
 La alegría se vino y la palpamos:
 la dicha es el Señor.



A- légrese los cielos y la tierra
 en la gloria del Padre y del Espí-ritu,
 Por el Verbo visibles; a-le-lu-ya!

En la misma línea de expansión lírica se sitúa el siguiente himno de *Laudes* del Domingo, cuyo autor es el P. León Toloza, con música del P. Pedro Pérez, osb:



2. Resucita, Señor, junto contigo
nuestras almas para la eterna vida;
de la muerte segunda liberados,
nuestros cuerpos también para ti vivan.

3. Cuando vengas en gloria, sobre nubes,
A tu encuentro salgamos, Jesucristo,
y reinemos, de todo pueblo y lengua,
vencedores, contigo por los siglos.

4. Nuestro cuerpo mortal se transfigure,
contemplando la gloria de tu rostro,
y veamos en él a Dios el Padre
pues tú eres su resplandor glorioso.

5. A ti damos la gloria, Jesucristo,
que de entre los muertos resurgiste,
a tu Padre y al Espíritu Santo,
por los siglos y siglos infinitos.

La temática de los himnos

Como respuesta a la Palabra de Dios el himno puede contener todas las riquezas del espíritu humano conmovido por la experiencia de lo divino. Pensemos aquí en las llamadas “Odas de Salomón” de la Antigüedad:

“Podóme el corazón y apareció su flor
y creció en él la bondad
y dio frutos al Señor,
Pues me cercena el Altísimo por su Espíritu Santo
y descubre mis riñones ante El
y me colma de su amor.
Fue su tala para mi redención
y corrí por el camino en su paz,
por el Camino de la verdad” (*Oda XI*).

Pero ya se manifiesta en este punto la limitación de este género himnico centrado en la experiencia personal de lo divino: se aleja a veces tanto de lo comunitario que deja de ser apto para la liturgia, La “mística” de los himnos, para que estos se puedan insertar orgánicamente en una acción litúrgica, debe estar suficientemente abierta al “nosotros” rompiendo la intimidad del “yo” extasiado en Dios.

En su libro “Morgen und Abend ein Tag”, dedicado al estudio de los himnos feriales del antiguo breviario monástico, la docta benedictina Emiliana Löhr destaca principalmente dos puntos de esta mística “accesible” de san Ambrosio, Prudencio y sus émulos: el fenómeno de la luz y la transparencia de las “cosas”. Aquella antigua poesía litúrgica latina se siente deslumbrada por el gran acontecer de la luz, realidad visible y al mismo tiempo símbolo de Cristo invisible. Los himnos no cesan de describir su diario camino, su complicidad con el humano que hacer. El otro gran tema son las “cosas”, aquellas, realidades sencillas, cotidianas salidas de la mano de Dios (“Rerum Deus, tenax vigor”), que dando su sabor a la vida humanar, traslucen la bondad de su Creador y arrancan al cristiano la acción de gracias.

Más “comunitarios” aún son los himnos que pretenden comunicar un mensaje, enseñar algo acerca de Dios. Desde los tiempos más antiguos se conoce el efecto didáctico de la “letra que con canto entra” y no lo desechó la pastoral tanto la de un san Efrén o san Ambrosio, como la de los misioneros españoles que compusieron cantos en lengua indígena para sus neófitos americanos. Pero el énfasis en lo didáctico no contribuye necesariamente al mayor valor litúrgico de un himno: recordemos solamente los antiguos himnos en latín para la fiesta de Cristo Rey o de la Preciosísima Sangre.

Traducciones, adaptaciones, creaciones nuevas

No se puede desconocer el mérito de Francisco Luis Bernárdez al darnos una versión castellana de los “Himnos del Breviario Romano” tan respetuosa del original y, al mismo tiempo, “tan cantable”. Muchos de estos himnos, a veces ligeramente modificados, han hecho su entrada en la liturgia en lengua castellana. Pero indudablemente el futuro del himno no está en las traducciones más o menos exactas, ni siquiera en recomposiciones al estilo ambrosiano, ni en sus melodías gregorianizantes. El mundo de la cultura greco-latina que informa los antiguos himnos y que Sor Emiliana Löhr hace revivir con tanta erudición como habilidad literaria, ya no es el nuestro. Tampoco podemos re-crear en nosotros la sombría piedad del autor medieval del “dies irae”, ni menos aún los alardes barrocos de los himnos de la Contrarreforma. A vino nuevo, odres nuevos. Para mayor ilustración reproducimos: lado a lado una adaptación castellana del himno de Sexta “Rector potens verax Deus” y una nueva composición del poeta Pablo de Rokha (+ 1968) para introducir la oración del mediodía.

1. Tu que riges potente el universo
la alternancia de tiempos y sucesos:
de ti viene el fulgor de la mañana
y tu das plenitud al mediodía.

2. Líbranos del ardor de la discordia,
del calor de este fuego pernicioso,
da salud a los cuerpos fatigados
y la paz verdadera a nuestras almas.

3. Gloria a Ti, Padre Santo, Omnipotente,
y a Jesús, Redentor del Universo,
al Espíritu, vida de los hombres,
que en todo lugar reináis y tiempo.

Y ahora el himno de Pablo Rokha:

1. Henos aquí cruzando la frontera
de la mañana que nos dio tu mano,
testimonio, semilla poderosa,
donde hombre y hombre son hermanos.

2. El sol del mediodía te corona,
alfombrando laureles tu descanso,
porque tu alta majestad recibe
nuestra fe templada en el trabajo.

3. Ilumina Señor, esta tu mesa
donde están tus fieles congregados,
por la gloria eterna de Tu Nombre,
alabando lo que Tu has creado.

4. Padre, nos ves alzando tus banderas,
pidiendo que tu Hijo bienamado
penetre nuestro pan y nuestro vino,
Espíritu en llamas derramado.

Del mismo autor es también el Himno para la hora de Nona, “Oración al comienzo de la tarde”:

1. Por tu gracia, Dios Padre, retornamos
a la santa faena de la tierra,
porque, Sol de la tarde, bondadoso,
nos despejas la ruta, soberano.

2. Tú prolongas el día; el ocaso
trae sabor del sueño prometido;
el Tiempo eres, tuya su medida,
bajo tu mandato, vida y muerte.

3. Levanta el hombre su estatura
en el centro de todo lo creado,
señalado le tienes su destino:
paz y perdón a todos sus pecados.

4. Viñaderos, herreros, leñadores,
obreros de ciudades y de campos,
talladores de formas y palabras,
construyamos el Reino con las manos.

5. La memoria potente de tu Hijo
ponga luz del Espíritu al canto,
que al llegar al Cielo de los Cielos,
nos acerque a Ti, Padre amado.

Agreguemos a éste el último himno del malogrado poeta, concebido por él poco antes de morir.
Es para las vísperas del Domingo, primer día de la Creación y de la Resurrección:

1. De tinieblas, de mar
errante, y vacío

como sombra muerta,
sacó Dios la materia, cielo, tierra;
océano letal,
ordenó su girar,
de la nada fruto,
apartándole Él las aguas negras.

2. A la hora primera
de la constelación,
trazando un rayo,
como si despertaran los metales,
derramó Dios la Luz,
alegría de sol
cual si de un vaso
brotara del Espíritu colmada.

3. Proclamó: Haya luz
y fue separando
por mitad su canción:
oscura la noche, el día claro;
resplandor matinal
vio que era bueno
lo por Él creado,
voluntad de su designio eterno.

4. Testimonio primero,
logro de sus manos,
auroral silencio,
su manantial traspasa los milenios;
celestes vigilar
sabe el dormido
que está, presente
Él en el ojo bueno del lucero.

5. En señal de la luz
el verbo regresó
a la mesa del pan
-hecha de Luz la carne del Ungido-
junto a sus Doce;
dio el Espíritu
alas al Amado;
en la luz de Dios Padre confundidos.

Fuera de Hugo Montes y de Pablo de Rokha, también Luis Vargas ha hecho ensayos en Chile en el género de la poesía litúrgica. Reproducimos de este autor un himno que podría clasificarse entre los vesperales:

1. Fuego, Luz, El-Haschmaín, Yavé, Eloha:
te llamamos. Oh! Shaddai, Elyon, Padre,
con los nombres que a Israel, por tu boca,
en relámpago de amor le enseñaste.

2. En turíbulo quememos el alma
por saltar sobre el despojo de Abel,
subiremos con Jacob su escalada

por la zarza en que destella Moisés.

3. El cuchillo que a Isaac perdonara
nos empuja y deslumbra el arribo
hasta el pecho en que Abraham nos aguarda
repasándole al Jordán tamarindos.

Algunas estrofas, ahora, de un himno que el mismo autor propone para la hora de *Laudes*, es decir, para la oración del amanecer:

1. La noche muerta enterremos en sombras
a Dios cantemos, mañana viva,
por la retama, el trébol, la piña,
por el amor que tremola en l'alondra.

2. Sube la savia y baja la leche,
se arremolina el refrán del arroyo,
un taciturno arrayán viste verde
mientras la loica se pinta de rojo.

3. Lentos rebaños de niebla pastorean
sobre la sien de un torrente dormido,
Cristo que es guía, con su mano los lleva,
porque subamos con Lázaro erguidos.

4. Desde la espiga, Jesús nos convida
obras de pan para su hambre de bodas,
todo es nupcial y banquete de vida:
la hostia es sol y nosotros la copa.

Indudablemente la Iglesia debe abrir sus puertas de nuevo a los poetas y músicos, para que los dones que ellos recibieron del Creador encuentren su Plenitud retornando en eucaristía hacia su fuente y para que, a su vez, la comunidad de Cristo sepa responder a la Palabra de salvación con lo que más dignamente representa los valores humanos.

*Las Condes
Chile*